

LOS PIONEROS DE LA ARQUEOLOGÍA EN ORIENTE. PROBLEMAS Y MÉTODO EN EL REDESCUBRIMIENTO DE ASIRIOS, BABILONIOS Y SUMERIOS

Joaquín María Córdoba Zoilo
Universidad Autónoma de Madrid

*En memoria de Lucca, que impaciente
y feliz me espera en el gran azul.*

Los primeros pasos de la investigación arqueológica en Oriente fueron puestos por viajeros y anticuarios proclives a llevar consigo como botín, recuerdo o inversión económica incluso, objetos llamativos, raros, curiosos. En 1786, el botánico A. Michaux se llevaría a Francia el primer monumento epigráfico de importancia, el llamado “Kudurru Michaux”, una piedra de serpentina negra de unos 45 cm de altura, supuestamente encontrada en el sur de Bagdad, a tan sólo una jornada de distancia, en unas ruinas conocidas como “los jardines de Semíramis”, probablemente el Maidan-Ctesifonte (A. Parrot, 1946, 18). La curiosidad de A. Michaux se vería además compensada, pues según sabemos por carta dirigida a los miembros del Instituto, tras el depósito gratuito del documento en el Gabinete de Antigüedades de la Biblioteca Nacional, el estado republicano le concedería una dotación económica en 1800 (A. Parrot, 1946, 18). No mucho después, el nuevo residente británico en Bagdad, Claudius James Rich, iniciaría su colección personal de antigüedades tomadas en lugares emblemáticos, algunos visitados por él en compañía de su secretario K. Bellino y sus ocasionales invitados. Birs Nimrud y Babilonia en el sur – donde levantaría los primeros planos con aproximación manifiesta a la topografía real –, o las colinas de Quyunyik y Nabi Yunus junto a Mosul – bajo las que se suponía se encontraba Nínive –, entre otros sitios que merecieron su interés, estarían en el origen de la colección primera de antigüedades orientales cedida por la viuda al Museo Británico en 1825 (S. Lloyd, 1980, 73), y su obra escrita y la evidencia de su práctica de campo en los prolegómenos de la arqueología (J. M. Córdoba 1999, 47-71). Y es el caso que a estos primeros curiosos, anticuarios y prospectores como A. Michaux o C. J. Rich hemos de remontarnos para comprender el cambio que se produjo con la primera generación de descubridores efectivos y arqueólogos pioneros, cuyas exploraciones significan los comienzos de la investigación sistemática en Oriente. Cualquier reflexión sobre problemas metodológicos ha de empezar por ellos, porque su limitada experiencia sería toda la que podría disponer la segunda generación, la que habría de descubrir a los sumerios y a una ciencia nueva.

La revisión y crítica de la historia de la investigación, la reflexión sobre la evolución de las metodologías aplicadas en el pasado constituyen hoy una línea de trabajo que presenta verdadero interés. Vaya por delante que mi empeño está falto de cualquier pretensión censora, y que tampoco pretendo enjuiciar severamente lo que entonces se hizo, ni denigrar actividades que hoy se tildan de anticientíficas. Sólo pretendo una sucinta reflexión sobre la curiosa historia de la investigación y sus métodos, constatando los problemas de adaptación y el proceso de entendimiento que nuestros antepasados vivieron. A diferencia de Mesopotamia, la revisión de la historia de la metodología de campo en Irán y particularmente en el área de Susa, tiene ya una larga secuencia bibliográfica empezada por R. H. Dyson (1968), y seguida entre otros por R. De Mecquenem (1980), J. Perrot (1989), E. Carter (1992) o Ali Mousavi (1996). La razón es obvia: los métodos de campo seguidos por Jacques de Morgan con su “explotación sistemática de los niveles” se prestan excelentemente al tema. Pero en

Mesopotamia y en al Yazira, la revisión de la historia de la metodología es más escasa. Sin embargo, la congelación de los proyectos científicos en Iraq desde 1979, fruto indirecto de la guerra con Irán, la del Golfo y el bloqueo internacional, resulta estar facilitando un proceso semejante de reflexión sobre las metodologías aplicadas por los primeros descubridores de asirios, babilonios y sumerios.

LAS DOS GENERACIONES PIONERAS: AVENTURAS Y TÉCNICAS

La primera generación de descubridores del Oriente antiguo, en líneas generales activa entre 1842 y 1855, e integrada entre otros por P. E. Botta, A. H. Layard, V. Place, H. Rassam, W. L. Loftus, J. E. Taylor o Fulgence Fresnel suele ser valorada y citada con frecuencia. No sucede lo mismo con la segunda, activa entre 1877 y 1900 – o quizás hasta 1914 –. Si la primera hubo de abrirse camino en lo desconocido desvelando a los asirios, la segunda habría de enfrentarse con un espacio geográfico nuevo, la verdadera Mesopotamia y su realidad específica. Menos conocida pues en sus avatares y problemas, a la segunda generación se debe sin embargo la formulación de principios metodológicos rigurosos y la revelación de los sumerios. Porque a ella hemos de remontarnos si queremos hablar de la comprensión de la arquitectura del adobe y su proceso de desintegración, de los orígenes del principio estratigráfico y su aplicación en el trabajo de campo, de la exigencia de métodos organizativos en el registro, la planimetría y la multiplicación y mejora de la documentación.

1. LA PRIMERA GENERACIÓN (1842-1855) Y SUS ESFUERZOS

A los ojos de los pioneros, el paisaje arqueológico que se les presentaba era, por lo común, presumible a una simple observación visual, conocido por las gentes que habitaban en los lugares o cerca de ellos – que se los señalaban como fuente de antigüedades de posible interés – o, en fin, marcado por su toponimia o una tradición suficientemente atractiva, como Nínive. Salvo las fallidas experiencias meridionales de W. K. Loftus, J. E. Taylor y F. Fresnel, los yacimientos que ocuparon a la primera generación estaban en el norte, y la consideración de los mismos quizá nos revele el origen de su desorientación metodológica: por un lado, el enorme tamaño de aquellas colinas peladas, y en segundo lugar, la más que previsible idea que ellos tendrían de la naturaleza de unas ruinas y de la arqueología. Los sitios decisivos fueron:

- **Nínive**, situada según la tradición popular y las fuentes clásicas frente a Mosul, cerca de la orilla este del Tigris, superaba realmente en tamaño todo lo entonces imaginable. Recordada ya por Benjamín de Tudela (ca. 1167) e Ibn Yubayr (1184), Carsten Niebuhr la identificaría a su vez en 1766, incluyendo el área de ruinas en su mapa de Mosul (C. Niebuhr, 1774-78: II, 360-392; S. T. Rasmussen, 1990, 284; M. T. Larsen, 1996, 8-9), facilitando así una referencia valiosa para ulteriores viajeros. Pero la imagen del sitio, desoladora para quienes tenían en sus recuerdos la del foro romano como ejemplo de ruinas posibles, o las columnatas y torres funerarias de Palmyra, se imponía anodante en el intento de evocar la grandeza de la Nínive bíblica. No se divisaba resto alguno de grandes palacios al estilo de los grabados de G. Piranesi en Roma, ni las supuestas murallas parecían realmente tales. Sin embargo, un topógrafo riguroso tendría que documentar el gigantesco perímetro de un recinto señalado por una loma de unos 5 Km. de largo por 2,5 km. de ancho en la medida mayor, así como dos colinas enormes de unos 15 m. de altura, integradas en el perímetro, llamadas

significativamente Kuyunyik y Nabi Yunus. Sólo Kuyunyik, la colina de los palacios principales y residencias tenía casi un kilómetro de largo.

- **Jorsabad**, otro gran sitio temprano en esta historia, estaba situado a unos 16 kilómetros al nordeste de Mosul/Nínive. A los ojos de P. E. Botta sería sobre todo una colina de mucha menor potencia que las de Nínive, aunque como es sabido, el cónsul francés no la visitaría hasta que sus obreros le confirmaran los informes recibidos de un campesino orgulloso de su pueblo, y le aseguraran haber descubierto esculturas y relieves. Las dudas de P. E. Botta eran lógicas – un lugar desconocido frente a la mítica Nínive (E. Fontan, N. Chevalier, 1994, 48) –, pero los inmediatos resultados le quitaron todo recelo. Los hallazgos se producían rápida y fácilmente, dado el escaso tiempo de ocupación real de la antigua ciudad y la prácticamente nula superposición estratigráfica en la colina, extremos estos, claro está, que P. E. Botta ignoraba, lo mismo que la verdadera entidad de la superficie total del sitio, mejor comprendida por su casi inmediato sucesor, V. Place, que reveló la inserción de la colina en un recinto – al igual que en Nínive –, delimitado por una loma cuadrangular.
- **Nimrud** sería el tercer gran yacimiento de la primera hora. En noviembre de 1845 A. H. Layard se acercó a sus laderas. Era en principio una enorme colina de 650 x 350 m, con otra mucho más prominente en un extremo, y todo integrado en una especie de rectángulo de unos cuatro kilómetros de lado, marcado por una loma como en Nínive y Jorsabad. La topografía de la colina principal, recortada en el horizonte de una ilustración, abriría el frontispicio de su libro (A. H. Layard, 1848, II, frontispicio). Pero mucho antes, en el primer día de su visita, el británico había visto sobre la superficie desnuda de vegetación, fragmentos de cerámica y ladrillos rotos con inscripciones (M. T. Larsen, 1996, 73). Como P. E. Botta y V. Place en Jorsabad, él también tendría aquí el auxilio de la fortuna, pues la enorme altura de la colina era más producto de su creación artificial que de la superposición estratigráfica. Pero en todo caso, la desnudez primera imponía una evidente desorientación.

1. 1. PREGUNTAS Y TANTEOS

Ante tan colosales yacimientos y la ausencia de indicios monumentales en la pelada superficie de las colinas principales de Nínive, Jorsabad y Nimrud, desde el punto de vista práctico – metodológico diríamos hoy –, el problema que se les planteaba era enorme y carecía de precedentes. Ante Kuyunyik, por ejemplo, a la simple pregunta de “¿dónde empezamos?” carecían de respuesta, de referencia alguna, de experiencias anteriores. Tan solo quizás y como ha señalado M. T. Larsen, por su formación, aficiones y circunstancias de sus vidas, tanto P. E. Botta, como A. H. Layard podrían haber conocido Herculano y Pompeya (M. T. Larsen, 1996, 10), dos ciudades repentinamente cubiertas por la erupción volcánica de agosto del año 79 d.C., cuyo estado de conservación era absolutamente sorprendente. Como es bien sabido, en 1738 y por orden de Carlos VII de Nápoles – pronto III de España –, el ingeniero militar Roque Joaquín Alcubierre (1702-1780) (F. Fernández Murga, 1962), verdadero padre de la arqueología europea, inició las excavaciones en Herculano. Con él y tras él, estudiosos italianos, españoles y franceses comenzaron a desvelar la maravilla de unas ciudades intactas, de las que a veces, como en Pompeya, sobresalían aún las partes altas de los muros (F. Fernández Murga, 1988, 380). Todos ellos se enfrentaban por vez primera a lo que hoy llamamos problemas de excavación y metodología, y de hecho

fueron modificando y mejorando sus técnicas en tres fases metodológicas (M. F. Represa Fernández, 1987): de la simple búsqueda de antigüedades se pasó ya en 1740 al interés por documentar planimetrías. Y siempre se iba anotando todo en informes tan minuciosos que G. Fiorelli y M. Ruggiero podrían luego escribir la historia de esta arqueología temprana con todo detalle (G. Fiorelli, 1850, 1860; M. Ruggiero, 1881, 1885). Por eso serían tan injustas como interesadas las críticas de J. J. Winckelmann en sus cartas e informes (J. J. Winckelmann, 1784), como sin base alguna e insuficientes resultan hoy las gratuitas suposiciones de B. G. Trigger (1992,44) y C. Renfrew- P. Bahn (1993-21). En su tiempo sin embargo, gentes como P. E. Botta o A. H. Layard podían tener idea de lo que estaba pasando en aquellos sitios lejanos de Italia, y acaso incluso hubieran visto alguno de los volúmenes publicados de la serie *Le Antichità di Ercolano*, pero difícilmente estarían al tanto de las experiencias metodológicas de los que allí trabajaban, y si Herculano y Pompeya – como el foro romano – estaban en su memoria intelectual, lo estaban como referentes de lo que debían ser las ruinas de una ciudad antigua: entre una bucólica vegetación, muros de piedra y ladrillos, columnas de mármol, esculturas. Por eso tal vez, al no considerar las diferencias que el mismo entorno construido de Mosul y las aldeas cercanas les estaban sugiriendo en silencio, se mostraban ansiosos por encontrar pronto los muros, las columnas de piedra, las pinturas y los objetos de bronce del imperio de los asirios.

Se entiende mejor así la frustración, la desazón de P. E. Botta cuando los meses pasaban en Kuyunyik “casi infructuosos”, cavando aquí y allá aunque “desgraciadamente nada estaba completo”: hecho un lío entre montones de tierra en los que “era imposible reconocer un plano o una construcción cualquiera en aquel caos” (E. Fontan, N. Chevalier, 1995, 46, 48). Sin encontrar un solo muro. Pero lo cierto es que si bien lo ignoraba, se encontraba excavando niveles muy potentes y tardíos, recientes, medievales y de época clásica y parto-sasánida. Y desde luego se estaba topando con muchos muros, pero de adobe. Y no podía verlos porque su formación intelectual y sus expectativas se lo impedían. Pero la fortuna vendría en su ayuda en Jorsabad. La vieja ciudad de Dur Sarrukin, abandonada a la muerte de su fundador, Sargón II, apenas había sufrido superposición estratigráfica alguna, sino el abandono y el desplome paulatino de los edificios, murallas y puertas. Y en la colina artificial, de forma más o menos rectangular, donde se alzaron en tiempos los edificios reales y P. E. Botta se encontraba trabajando, tan solo el desmoronamiento de sus enormes muros de adobe, cuyos derrumbes fueron tapando los zócalos de piedra y las esculturas. Luego la sedimentación natural y la instalación sucesiva de algunas aldeas había ido finalizando el proceso. En sus secciones y alzados (fig. 1), los dibujos de E. Flandin permiten verificar la escasa potencia existente entre el suelo de uso que pisaban P. E. Botta y sus obreros y el pavimento del palacio. Y como a los franceses, algo parecido le ocurriría luego a A. H. Layard en algunos sitios de Nimrud, como las acuarelas de F. C. Cooper – la que reproduce la entrada al templo de Ninurta, por ejemplo – nos permiten ver. Por esa razón en Jorsabad y Nimrud, con acumulaciones de tan poca potencia, cuando alcanzaron por fin algo sólido y comprensible – los zócalos de ortostatos de piedra con relieves e inscripciones –, franceses primero y británicos después comenzaron a abrir en extensión para recuperar la planta y superficie del edificio.

Poco más tarde, convencido A. H. Layard de la existencia de muros parecidos en Nínive, atacó decidido el tell de Kuyunyik buscándolos: mas allí, la potente superposición estratigráfica haría más laborioso su hallazgo: pero una vez encontrada una línea de muro marcada por un zócalo de ortostatos, o una escultura de puerta integrada en los muros antiguos, resolvió avanzar siguiendo aquellos mediante túneles, ventilados por pozos que permitían izar los escombros a la superficie, pozos y montones de tierra que a la manera de

ganats iban marcando la marcha de la excavación subterránea. Un sistema, por cierto, ensayado ya en los comienzos de las excavaciones de Herculano y Pompeya.

1. 2. ENTREVINDO UN MÉTODU

Desde el punto de vista metológico, el sistema de los pioneros se apoyaba en una presunción casualmente corroborada allí, y sólo allí: que las ruinas orientales serían, en cierto modo, parecidas a las de Pompeya, por lo que aún desorientados por la desolación de las superficies resolvieron que habría que cavar hasta encontrar los supuestos muros de piedra cubiertos por toneladas de tierra (fig. 2). La suerte quiso que en Jorsabad, Nimrud y Kuyunyik estuvieran cavando en las mismas acrópolis reales asirias del I milenio. Y que estuvieran allí, en el norte y en Asiria, donde la piedra fue más común y empleada habitualmente como zócalo de los muros de los palacios y edificios públicos. Por eso, en los trabajos de P. E. Botta y A. H. Layard, los resultados fueron fruto de voluntad y fortuna a partes iguales, y en sus publicaciones quedarían reflejados métodos e inquietudes: muy escasa la documentación del segundo (Nineveh and its Remains, 1849: The Monuments of Nineveh, Vols. 1 y 2, 1849, 1853), bastante mejor la del primero, gracias a la colaboración de E. Flandin (Monument de Ninive, 1849: P. Albenda, 1986). Pero sería Victor Place el que tuviera más inquietudes metológicas entre todos los pioneros. De hecho, en la publicación de sus resultados aconsejaría tres métodos de sondear un tell: vertical, horizontal y oblícuo – su preferido – destacando las razones, ventajas e inconvenientes de cada uno (Ninive et l'Assyrie, 1870, II, 97-109). Pero además, la presencia junto a él del también arquitecto Félix Thomas, el fotógrafo Gabriel Tranchand y el pintor Lottin de Laval le permitiría obtener la más completa documentación conocida hasta el momento, iniciándose entonces la fotografía arqueológica (fig. 3), la toma de moldes de relieves e inscripciones y, en la publicación, las reconstrucciones hipotéticas de los edificios basadas en los datos de campo y en la comprensión de los arquitectos. Cuando los monumentales volúmenes de V. Place salieron a la luz (Ninive et l'Assyrie, Vols. I y III, 1867; Vol. II, 1870), las fantasiosas reconstrucciones de A. H. Layard y el arquitecto James Ferguson no pudieron sostenerse.

Así estaban las cosas cuando en 1855, la guerra de Crimea y la satisfacción alcanzada por los gobiernos de París y Londres en sus recién abiertas colecciones orientales impusieron el cierre de las misiones y el fin de la actividad de los pioneros.

2. LA SEGUNDA GENERACIÓN (1877-1914)

La forzosa detención de la verdadera investigación de campo sobre el remoto pasado de las culturas de Oriente terminaría en 1877, cuando sorpresivamente se iniciara un inesperado proyecto en el profundo y monótono sur. Y quiso la casualidad que si la primera generación había empezado en el norte de la mano de un cónsul – P. E. Botta lo era de Francia en Mosul –, la segunda lo hiciera en el sur de la mano también de otro representante francés, el vicecónsul en Basra Gaston de Sarzec. Y si la fortuna había deparado a los pioneros de la generación primera el redescubrimiento de los asirios y el desciframiento de la escritura cuneiforme y la lengua asiria, a la segunda le estaría reservado el redescubrimiento de los sumerios y babilonios, el desciframiento de la lengua sumeria, el desvelamiento de las características de la arquitectura oriental antigua y la definición de metodologías modernas de excavación arqueológica y su documentación.

Fuera de los núcleos urbanos como Bagdad o Basra, la población rural del pasado siglo en Mesopotamia era escasa y por ende, las tierras cultivadas también (E. Wirth, 1962, 23).

Las enormes planicies de aluvión, antaño densamente pobladas, surcadas por canales y cubiertas de vegetación agrícola y frecuentemente arbolado, se traducían entonces por desoladas llanuras desérticas, cruzadas por tribus ciertamente ariscas, aunque no tanto a veces como los supuestamente pacíficos campesinos ribereños, cuyas argucias tuvieron ocasión de sufrir no pocos viajeros. En aquellas inacabables llanuras se alzaban, de vez en cuando, extensas pero no excesivamente señaladas agrupaciones de colinas irregulares, que en contraste con la lisa superficie circundante presentaban una evidente y llamativa unidad topográfica. Pero en la línea del horizonte apenas si se percibían – más allá de unas pocas ruinas islámicas de tamaño monumental – dos o tres impresionantes masas de adobe y ladrillo verdaderamente llamativas – como Aqar Quf, cerca de Bagdad, la colina de Babil o el imponente Birs Nimrud, al sur de Hilla –, cuya singularidad y paradójica soledad en el llano paisaje magnificaban aún más su verdadero tamaño, alimentando durante siglos interpretaciones y leyendas. Y todo junto acaso, ayudaba a crear en la mayoría de los viajeros y curiosos de cualquier época, una cierta perplejidad. Por ejemplo ante

- **Aqar Quf**, mole visible tras cruzar el Eufrates en Faluya, camino de Bagdad. En su marcha, los viajeros pasaban junto a una especie de torre informe de adobe, de más de cuarenta metros de altura, más imponente aún en su solitaria presencia en la llanura. Al ser lo único llamativo visto en muchos cientos de kilómetros, numerosos viajeros como Leonhard Rauwolf o John Eldred en el siglo XVI, se precipitaron a describirla como la “torre de Babilonia”, llamando la atención de todos también la particular sucesión de capas de adobe y, de vez en cuando, de esteras de hojas de palmeras o carrizos. El sitio no se excavaría hasta los años cuarenta del siglo XX, resultando de ello el hallazgo de los restos de una zigurat de 69 x 67 x 60 metros en la base y 57 de altura, correspondiente al complejo de templos principales de la capital casita de Dur Kurigalzu (T. Baqir, 1944/ 1946). Pero era tan grande y pequeño a la vez, tan aislado, que sorprendía más que admiraba. Reacción distinta era la sentida ante
- **Babil**. En efecto, a unos 90 kilómetros al sur de Bagdad, en el extremo norte de un desolado e inmenso campo de colinas arruinadas, fragmentos de muro de ladrillo visibles aquí y allá, y pequeñas aldeas junto a los escasos cultivos a orillas del Eufrates se levantaba una colina que los naturales llamaban “Babil”. Aquella esquina guardaba el nombre mítico de aquel desolado laberinto (Babilonia), asociado a una especie de plataforma o colina rectangular de unos 250 metros de lado y más de veinte de altura. Para Pietro della Valle aquello podría haber sido la mítica “torre de Babilonia” (E. Klengel, 1982, 14). Y aunque se equivocara – como el tiempo demostraría después – estuvo sin embargo más cercano y más lógico que otros impresionados viajeros, asombrados ante la última estructura gigantesca visible en el suelo mesopotámico, que era
- **Birs Nimrud**, la ruina más enorme quizá, que en el siglo XII tanto impresionara a Benjamín de Tudela, quien la describió como la torre hendida por el rayo de Dios, estaba situada también en la desolada llanura, a unos 30 kilómetros al sur de Hilla. Su imponente mole – mucho mayor que la de Aqar Quf o Babil –, la terminaría por asociar a la mítica torre de Babilonia – tiempo después se la identificaría como la ciudad de Borsippa –, aunque la distancia entre las verdaderas ruinas de aquella y las de Birs Nimrud evidenciara lo absurdo de la propuesta. Sus más de cuarenta metros de altura resultaban desconcertantes. Según parece, entre otros más de los pioneros

desorientados sobre qué camino tomar, el reputado Henry Rawlinson estuvo tentado de dinamitar la colina para examinar su interior (A. Parrot, 1949, 60).

Todos estos lugares del sur eran impresionantes en tamaño. Pero parecían aislados frente a los complejos delimitados y los poderosos tells del norte. Y los extensos campos de pequeñas colinas arenosas, aisladas en la impresionante llanura tampoco se parecían en nada a los sitios en los que se habían encontrado las ciudades y los palacios asirios del norte. Pese a todo, en época de la primera generación, algunos pioneros habían intentado adentrarse en la llanura y, más que en los monumentos llamativos, husmear en los inmesos campos de ruinas. Pero los resultados fueron poco alentadores. En 1849, William Kenet Loftus (1820-1858) pasó tres semanas en el laberinto arruinado en Warka, en medio de la llanura desértica, haciendo cavar sin razón ni concierto. Evidentemente desorientado en un mar de colinas más o menos informes, recuperó alguna pieza llamativa, como un sarcófago parto de cerámica vidriada intacto. Su entusiasmo y los restos hallados le permitieron volver en 1854, con apoyo de una *Assyrian Excavation Fund*, y durante tres meses atacó sin concierto las colinas mayores, llegando a ver muros revestidos con conos de arcilla. Pero el fracaso era evidente, pues no se topaba con estructura alguna comprensible, y pese al hallazgo de algunas tablillas tardías, su agotamiento y un sentimiento de incapacidad para entenderse en aquel laberinto le llevó a finalizar sus esfuerzos (A. Parrot, 1946, 86-89; S. Lloyd, 1980, 131-132).

Parecidos resultados y desorientaciones similares presentaron los esfuerzos contemporáneos de una misión francesa en la misma Babilonia, y los que en Muqayyar llevara a cabo el cónsul de Gran Bretaña en Basra, J. E. Taylor. Por conocidos parece obvio que basta su mención. Los franceses F. Fresnel, J. Oppert y F. Thomas hubieron de interrumpir sus trabajos en 1854, desbordados por los problemas prácticos, teóricos y de salud (J. Oppert, 1859 y 1863); J. E. Taylor sin embargo, lo intentó también en Abu Sahrain, en 1855 (J. G. Taylor, 1855). Por encima de otros problemas obvios de infraestructura, medios y condiciones, la ausencia de una referencia “pompeyana” al estilo de las que pudieron tener sus compatriotas en el norte, la necesidad de enfrentarse además a yacimientos de tipologías físicas muy distintas a las de los septentrionales, en una geografía también mucho más dura, debieron jugar su parte en el fracaso de las experiencias tempranas en el sur.

2. 1. NUEVOS EMPEÑOS Y UNA REVELACIÓN: LOS SUMERIOS

Durante la pausa impuesta por la situación política internacional y el conflicto con Rusia, en Francia e Inglaterra prosiguieron los estudios y se presentaron problemas inesperados. El desciframiento final de la escritura cuneiforme y la lengua acadia con sus dialectos asirio y babilonio, la consideración detenida de los particularismos y la profundización en el desarrollo y la articulación de la escritura llevaría a dudas y preguntas que por el momento no tenían respuesta. Ciertamente que el mapa de la cultura y la historia parecía ordenarse y documentarse de forma insospechada hasta entonces: los asirios en el norte revelados por los hallazgos y sus mismos textos escritos; los caldeos – babilonios – en el sur por algunos textos, la Biblia y una ciudad de Babilonia, que si no dominaba era evidente en su localización y en su magnitud. Se reconstruía así una historia, una cronología y un proceso cultural en sus trazos mayores. Pero como fruto de los mismos estudios apareció el misterio de un pueblo desconocido, éste sí, ignorado por la Biblia: los sumerios.

En fechas muy tempranas, desde 1850 por lo menos, Edward Hincks empezó a poner de relieve que la escritura que estaban estudiando, que expresaba las lenguas semitas de los asirios y babilonios, era un sistema silábico que por múltiples indicios se revelaba enraizado

en otro y adaptado a las peculiaridades de tales lenguas. En conclusión – sugerida o apuntada en varias ocasiones –, E. Hincks suponía que los primeros pasos de una escritura cuneiforme los debía haber dado otro pueblo más antiguo y no semita, cuyo sistema hubo de ser adaptado y mejorado después por los semitas (P. T. Daniels, 1994). La idea fue también mantenida por Jules Oppert (1855), que compartiendo razones y argumentando las propias, apoyándose en los títulos reales que hablaban de reyes de Akkad y de Sumer, llamaría sumerio (A. Parrot, 1946, 118) al pueblo desconocido aún y probable inventor de la escritura.

Aceptada pronto la propuesta teórica, resultaban de la misma al menos dos evidencias: que los llamados sumerios, de cultura desconocida, habían existido en Mesopotamia, aunque fuera preciso situar dónde. Y en segundo lugar, que la cronología histórica oriental habría de retraerse en el tiempo más aún. Por fortuna, el descubrimiento físico de los sumerios sería una de las aportaciones de la segunda generación. Gracias sobre todo a Ernest de Sarzec y sus compañeros en Tello (desde 1877), a R. Koldewey en al Hiba en 1887 (aunque entonces no fuera consciente de lo que realmente estaba encontrando) y a H. V. Hilprecht y sus colegas en Neffer (1889-1900).

Gaston Charles Ernest Chocquin de Sarzec (1832-1901), nombrado vice-cónsul de Francia en Basra en 1877, sintió siempre la pasión por la antigüedad (A. Parrot, 1948, 15). El conocimiento de los problemas que el profundo y silencioso sur mesopotámico planteaba debió pesar sin duda en su aceptación entusiasta de un destino particularmente duro. De gran resistencia física, bien adaptado al Oriente por anteriores residencias en Egipto y Eritrea (A. Parrot, 1946, 127), hablando un buen árabe y valeroso en la búsqueda de su ilusión, alcanzó su destino y entro en la historia de los grandes descubridores. Los árabes le indicaron el lugar de Tello, donde en su primera visita encontró una escultura similar a las que, según parece, ya circulaban por el comercio de Basra (A. Parrot, 1948, 16). Pero en todo caso ello decidió la elección del sitio y entre 1877 y 1900/1901, Ernest de Sarzec entregó su vida al redescubrimiento de los sumerios. La historia ha sido bien resumida y narrada (E. De Sarzec, L. Heuzey, 1884-1912; A. Parrot, 1946, 127-140; A. Parrot, 1948; L. Heuzey, 1888). De Sarzec supo organizar las campañas y reservarse los permisos y las exclusivas para Francia. El lugar era uno de esos desasosegantes y enormes campos de ruinas, de forma más o menos ovalada y de unos cuatro por tres kilómetros en sus ejes mayores, un laberinto más de colinas, hondonadas y alturas bien señaladas por una gran unidad topográfica respecto a la inmensa llanura del entorno. Frente a aquel campo, De Sarzec sin duda sintió la misma desorientación que sus cercanos antepasados científicos en la zona meridional. El mar de colinas le privaba de la “suposición pompeyana”, y el espíritu de las autoridades culturales europeas seguía siendo el mismo: conseguir piezas para museos. Pero por intuición o voluntad personal, en el desorden que fueron sus excavaciones, la época de De Sarzec también supuso un pequeño paso adelante en la aventura metodológica.

Los primeros planos generales del yacimiento (fig. 4) con indicación de los sectores de excavación (A. Parrot, 1948, fig. 3) sugieren la desorientación del proceso, pero al menos el inicio de un cierto orden con la individualización siglada de los sectores – denominados por letras, de la A a la V –, y la voluntad de realizar planos de estructuras identificadas, como el llamado “Palacio” (L. Heuzey, 1888, 12-36, fig. II). Fueron así saliendo a la luz las estatuas de Gudea, las inscripciones en piedra, los cilindros, la estela de los buitres, tablillas de fundación, objetos de metal... Nombrado cónsul de Francia en Bagdad en 1883, el trabajo siguió adelante sin descanso, a pesar de las obligadas interrupciones por disputas y querellas, enfermedades y problemas que iban minando su salud. En la colina “V” se recuperarían miles y miles de tablillas que F. Thureau-Dangin asignaría a los periodos de Gudea y de la III Dinastía de Ur, porque el descifre de la lengua sumeria había empezado ya. Identificado Tello

como la ciudad de Lagas – en realidad era la de Girsu – objetos, inscripciones e imágenes iban revelando la historia más antigua conocida de Oriente. Pero la metodología de excavación seguía siendo el punto débil. De Sarzec era consciente de la existencia de muchas construcciones distintas, así como de la consistencia de los muros de adobe. Pero su soledad y los cientos de obreros le impedían sacar conclusiones. Con todo, excavó bajo los pavimentos y verificó las cimentaciones de los edificios. Es obvio que no comprendía todavía el principio estratigráfico – sus muros quedaban volados en las representaciones –, y que se perdió muchísimo. Pero en el tell “K” intentó lo que hoy llamaríamos un corte estratigráfico hasta el terreno natural – aquí, la capa freática – (A. Parrot, 1948, 22). Probablemente, muchas de sus decisiones fueron decisivas para abrir los ojos de la problemática misión estadounidense en Neffer y, tal vez, ayudaron a madurar la genialidad de Robert Koldewey, tras su chocante experiencia –por sus conclusiones, ideas y explicaciones escritas– en al Hibba (R. Koldewey, 1887).

El redescubrimiento de los caldeos o, mejor aún –pues el concepto caldeo venía a ser una más de las servidumbres bíblicas– de los sumerios, como serían por fin llamados en las publicaciones (H. De Genouillac, 1909), animó sin duda el espíritu y el ímpetu de los promotores de una de las más accidentadas y comentadas misiones arqueológicas mesopotámicas de esa época, la estadounidense de Neffer-Nippur (H. V. Hilprecht, 1903). Dada la importancia del sitio y los frecuentes cambios de criterio y la magnitud de los trabajos dificultosamente allí llevados, con la intención confesada de llenar el edificio de un museo destinado a tal fin en la Universidad de Pennsylvania – y emprendidos con una verdadera exaltación nacional americana (R. L. Zettler, 1988, 327) –, la expedición pionera en Nippur ha sido muy criticada y con razón (A. Parrot, 1946, 143-158). Pero hoy existe la tendencia a reivindicar el trabajo de John P. Peters y J. H. Haynes, presionados hasta lo indecible por los patronos económicos de la misión y obligados a trabajar en condiciones durísimas, atendiendo además todas las contingencias imaginables (A. Westenholz, 1988, 292-293). La presencia de un joven arquitecto, Josep A. Meyer – que como ejemplo de la dureza de la situación enfermó y murió prematuramente en 1894 en el mismo Iraq – resultó decisiva para la documentación y comprensión de la arquitectura como guía de referencia en la excavación. Sus dibujos y reconstrucciones de los templos y de la zigurat de Nippur siguen siendo más que aceptables. Pero su muerte dejó solo a J. H. Haynes.

Una reorganización impuso a H. V. Hilprecht como director científico, aunque el director de campo siguiera siendo J. H. Haynes. La nueva dirección adoptó un nuevo orden de preferencias, pero el detalle de la historia de la excavación no viene ahora al caso. Con independencia de los diferentes sectores excavados y sus datos, lo que permitió avanzar la metodología arqueológica en Nippur fueron dos realidades derivadas de la arquitectura: que la excavación junto a la zigurat y sus templos se apoyaba siempre en los revestimientos de ladrillo o adobe de la torre y en los suelos y pavimentos de ladrillo sucesivos y asociados. Como alemán de origen, es muy probable que H. V. Hilprecht conociera algo de las tendencias imperantes en la escuela alemana de historia de la arquitectura y sus prácticas en las excavaciones del mundo clásico. Y desde 1899 tuvo además a la vista a la misión alemana de Robert Koldewey en Babilonia y sus métodos. Pero ya era tarde para adaptarse a ellos, además de que ni por formación ni por práctica era hombre de campo. El 11 de mayo de 1900 se cerró la misión estadounidense en Nippur. No obstante, las fotos, estudios, dibujos y publicaciones posteriores – por ejemplo, en la exposición de los trabajos en torno a la zigurat y las fases relacionadas (H. V. Hilprecht, 1903, 469-477)(fig. 7) – demuestran la conciencia del método que estaba naciendo y de la importancia de las secuencias estratigráficas (H. V. Hilprecht, 1903, 549). Y ello se iría aplicando en el lento estudio y reestudio posterior de los

materiales separados por la excavación. Así por ejemplo, mucho tiempo después, la ordenada secuencia cerámica se podría tomar como referencia para otras misiones emprendidas en el sur (E. Stone, 1987).

2. 2. LA MADUREZ DE LA SEGUNDA GENERACIÓN Y LOS INICIOS DEL MÉTODO EN LA ARQUEOLOGÍA MESOPOTÁMICA

La metodología sistemática tuvo una estremecedora y extraviada aplicación en Susa, prácticamente al tiempo que en Babilonia nació la arqueología moderna. En 1898, Jean-Marie Jacques de Morgan (1857-1924), ingeniero de minas y apasionado por la antigüedad, comenzaba a lo grande la excavación del tell de Susa aplicando su “explotación sistemática de los niveles”. Tras trazar unos ejes y sectores norte-sur y líneas perpendiculares, comenzó a rebajar el tell mediante trincheras gigantescas donde fueron apareciendo, en la primera campaña, la estela de Naram Sin y el obelisco de Manistusu junto a centenares de objetos. Jacques de Morgan veía todo aquello como objetos que “flotaban” en el barro deshecho de los edificios destruidos por la lluvia y la historia, flotando en una masa “consolidada” pero inútil. Por eso resolvió emprender un método que reputaría de “racional” – económicamente rentable, dirían quizá hoy algunos promotores si, al fin y al cabo, coleccionistas y galerías sólo aspiran a poseer piezas – (fig. 5), el ya citado de rebajar mediante terrazas escalonadas y un sistema de evacuación de tierra ordenado con raíles y vagonetas, con el concurso de cientos de obreros que entre el 1 de enero de 1897 y el 1 de enero de 1901 – como orgullosamente cuantificaría después ante la evidente eficacia “industrial” – llegarían a extraer 222.275 metros cúbicos de terreno (J. de Morgan, vol. VII, 1905, 7). Todavía hoy, la vista de fotografías o la visita al sitio donde trabajara Jacques de Morgan provoca verdadera congoja (fig. 6). Esta explotación industrial no era, no podía ser un método: como dijo A. Parrot, se confundía una misión arqueológica con una empresa de trabajos públicos (A. Parrot, 1953, 37). No obstante, Jacques de Morgan, incapaz de comprender la realidad de la arquitectura de adobe o la formación de los tells, notó la necesidad de precisar algunos datos. Así, una tumba muy especial – la llamada “aqueménida” – era indicada en el plano general con cotas que marcaban su situación respecto a la superficie, documentándose además con una lámina detallada, un dibujo coloreado (J. de Morgan, vol. VIII, 1905, fig. 66, lámina II). Pero la nueva época había llegado ya: en Babilonia.

El interés de Alemania en Oriente fue tardío, pero cuando llegó lo hizo en el mejor momento del desarrollo de su ciencia y con una figura que se haría legendaria: Robert Koldewey. El interés por la antigüedad monumental en Alemania se había formado en la escuela de arquitectura, particularmente en la de Berlín, donde Friedrich Adler echó las bases de la investigación arquitectónica “arqueológica”. Su método se aplicó en Olympia y Pérgamo, por ejemplo. Y allí, estudiantes y arquitectos veían sobre la marcha cimientos, derrumbes, reconstrucciones y suelos asociados. El método se insertaba además en la filosofía de objetividad y registro minucioso que impregnaba entonces la ciencia alemana en general, por lo que cualquier indicio u objeto era registrado, medido y situado en plano y cota. Y en esa escuela de entusiastas de la antigüedad clásica, de historiadores de campo de la arquitectura clásica – los alemanes trabajaban en Samos, Priene, Pérgamo, Olympia, etc. – se formó el arquitecto que iba a dirigir la primera misión oficial alemana en Oriente.

Robert Koldewey (1855-1925) estudió arquitectura e historia del arte en Berlín, Viena y Munich. Formado en la escuela iniciada de Friedrich Adler, pronto trabajó como arquitecto en las excavaciones de Assos y Lesbos. Quizá por eso se le encargó una temprana y precaria expedición ya citada a Mesopotamia, en al Hibba. Durante cuatro meses, en compañía de

Bruno Moritz y Ludwig Meyer excavó en los sitios de Surghul y al Hibba. De hecho, sus disparatadas conclusiones escritas provocan aún hoy asombro (R. Koldewey, 1887). Pero eran errores propios de un estudioso de la arquitectura clásica, ignorante en absoluto de la realidad del adobe y de la cultura mesopotámica, obligado a enfrentarse a un problema nuevo. Sin embargo, lo que vio en Tello y en sus visitas a otras ruinas, lo observado en la convivencia con las gentes de la región y las reflexiones que todo ello le debieron surgir con el tiempo ayudarían a su maduración. A poco de su vuelta a Alemania participaría en la misión alemana a Zincirli. Allí, el joven arquitecto comenzó a aplicar su técnica de estudio de los muros hasta más allá de la cimentación, y a desarrollar los dibujos de reconstrucción hipotética del edificio basados en los datos de campo (J. M. Córdoba, en prensa). Su aptitud física e intelectual, su capacidad de trabajo y su entusiasmo eran tales que el 2 de junio de 1898, la *Asociación Orientalista Alemana* le nombró responsable de la primera gran misión alemana en Oriente: Babilonia.

La misión dirigida por Robert Koldewey estuvo abierta ininterumpidamente entre 1897 y 1917. Instalada su sede en el corazón del campo en ruinas, en la aldea de Kowairesch junto al Eufrates, R. Koldewey comenzó por levantar una topografía completa del yacimiento. Por primera vez se tenía ante los ojos el relieve íntegro de lo que había sido Babilonia: el contorno total de la ciudad, su doble sistema defensivo y la superficie presumible: 1000 Ha. Con el plano topográfico delante, los alemanes atendieron luego a la toponimia árabe – tan curiosamente indicativa, como en el kasr –, que les facilitaba información que era preciso considerar. Luego, estableciendo un punto 0, se comenzó la excavación por sectores, ordenadamente, aplicando la filosofía de registro minucioso de cada objeto o dato, el uso creciente de la fotografía y la reiteración de los planos y dibujos. Aplicando el método de la escuela de arquitectura histórica, donde se había formado, el redescubrimiento de la arquitectura de adobe, – fruto quizás de las observaciones en al Hibba, en Tello, en Zincirli y en la arquitectura campesina de los alrededores –, R. Koldewey había llegado a comprender que los muros existían, pero que siendo de adobe, resultaba preciso excavar con método y cuidado para distinguir entre la masa del tell lo que eran derrumbes, rellenos o muros. Y así, en fotografías y planos comenzaron a verse muros antes ignorados. La masa informe en la que “flotaban” los objetos – como le parecía Susa a J. de Morgan – se convertía ahora en una red intrincada de muros, calles, patios semiconservados, derruidos, reconstruidos, arrasados, pero casi siempre perceptibles, documentables. Los visitantes de la expedición alemana empezaron a darse cuenta de la realidad que renacía ante sus ojos: el problema no era la inexistencia de la referencia “pompeyana” que había favorecido P. E. Botta, V. Place o A. H. Layard – muros de piedra asirios –, sino la necesidad de distinguir la consistencia de los muros de adobe de la masa fruto de derrumbes, de la acumulación natural: comprender las preparaciones, las cimentaciones, los suelos y los pavimentos asociados a los muros: entender el principio de la superposición estratigráfica y ser capaces de representar toda esa información y documentarla con todo detalle registrando el más mínimo indicio. Los franceses de Tello intentarían hacerse con el nuevo método: las instrucciones dadas por L. Heuzey a G. Cros para la campaña de 1909 – cómo operar en cortes estratigráficos, fotografiar o dibujar todo, levantar planos, siglar y etiquetar lotes y objetos (A. Parrot, 1948, 316) – son reconocimiento expreso de una nueva norma científica de trabajo de campo.

La publicaciones de la misión alemana serían los mejores exponentes del nuevo método arqueológico. Aunque en la revista de la *DOG* se publicaran regularmente informes en tiempo real, las memorias finales irían saliendo poco a poco. Pero es obvio que la documentación y la metodología que las hizo posibles – por otra parte, en continuo perfeccionamiento – estuvo en uso desde el comienzo de las excavaciones. Así por ejemplo,

cuando se publicó el volumen dedicado a los templos de Babilonia y Borsippa (R. Koldewey, 1911), el templo de Ninmah se documentaba por el texto, las fotografías y unos planos que incluían la planta del templo y corte con expresión estratigráfica del exterior junto a los muros y del interior del edificio en el área de la cella (1911, 4-17, lámina III) y otra planta con dibujo de la fachada y gran corte estratigráfico desde la entrada del templo hasta el otro lado del muro perimetral y fondo de la cella (1911, 18-24, lámina V) (fig. 10). En el mismo volumen, cuando se informaba de la excavación en la colina de Amran Ibn Alí se acompañaba la expresión gráfica y comentario del primer gran sondeo estratigráfico: el dibujo expresaba una estratigrafía completa desde la superficie hasta más abajo de la cimentación de los muros principales del templo – la capa freática impedía continuar más allá – (figs. 8 y 9), expresando la altura en metros respecto al punto 0 y dibujando suelos, muros, derrumbes y acumulaciones tal y como se veía en la cara escogida del corte (1911, 37-49, lámina X), y no esquemáticamente, como se haría en Nippur.

Uno de los tesoros del Museo de Berlín es la Puerta de Istar. Su reconstrucción allí fue posible gracias al método de registro minucioso, anotación y catalogación de cada fragmento situado con relación al plano. Y la memoria publicada el último año de la guerra que cerró la investigación alemana (R. Koldewey, 1918) es un prodigio de documentación: planos generales con medidas y cotas, planos con expresión por colores distintos de las diferentes fases, cortes estratigráficos y alzados con expresión de suelos, estratigrafías detallando derrumbes, objetos, agua freática y, por supuesto, propuestas de reconstrucción (1918, láminas 1, 2, 3, 4, 5, 8 y 9). La mayoría de las fotos todavía aparece sin referencia de medida, pero se hacían de tal modo que se pusiera de relieve la relación de muros y suelos, las fases, etc.

En 1904, R. Koldewey entregó la dirección de un nuevo gran proyecto, Assur, a su discípulo predilecto, el también arquitecto Walter Andrae (1875-1956). Éste, como los demás jefes de las misiones alemanas posteriores en Oriente, formados en la “escuela” de Robert Koldewey de Babilonia, aplicó allí el método de trabajo alemán, mejorando y avanzando en muchos aspectos todavía más el legado de su maestro. La publicación, por ejemplo, de la memoria dedicada a la excavación del templo de Istar es un prodigio de documentación: abundantes fotografías del proceso de la excavación en sí – con jalón de referencia –, fotos de objetos y una portentosa colección de planos. El general con indicación de la escala y multitud de cotas en suelos y muros: plano del templo arcaico con indicación de los objetos hallados expresados por mención y cota; corte estratigráfico NW-SE a través de la sala de culto y el patio principal, indicando el carácter y la función de muros y suelos (1922, láminas 1, 6, 8). Aunque la excavación de Assur se cerraba en 1914, la documentación que hizo posible la mayor parte de los que hoy sabemos sobre la capital asiria corresponde a aquella época única e irrepetible iniciada por Robert Koldewey el 22 de marzo de 1899. A la madurez de la segunda generación y al nacimiento de la arqueología moderna en Mesopotamia.

3. CONCLUSIÓN

Aunque se reitere – y con verdad – que los gobiernos europeos en competencia durante el siglo XIX sólo querían llenar las vitrinas de sus museos con trofeos culturales, también lo es que incluso los integrantes de la primera generación (1842-1855) de pioneros tuvieron que resolver a problemas inesperados, imaginar soluciones a preguntas para las que carecían de respuesta y buscar, con menor o mayor interés – especialmente quizás V. Place – un método ordenado de trabajo. Pero la concentración de resultados felices en el norte fue en parte fruto de las casualidades coincidentes allí, lo mismo que la desorientación y fracasos en

el sur resultado igualmente inevitable para quienes aún ignoraban todo de las culturas orientales antiguas.

Cuando llegó el tiempo de la segunda generación (1877-1914), la búsqueda de un método de trabajo debió sin duda preocupar a Gaston de Sarzec – como a Jacques de Morgan, al fin y al cabo –, pero sólo la apertura de la misión alemana en Babilonia significaría el nacimiento de la práctica de campo científica. Visto con la perspectiva del tiempo, parece hoy evidente que sólo el mundo científico alemán estaba en condiciones de llegar a resultados. Porque la escuela de historia de la arquitectura clásica nacida bajo los principios de Friedrich Adler formó verdaderos arqueo-arquitectos, que imbuidos además como estaban de una filosofía rigurosa de la práctica científica, les confería a estos arquitectos alemanes unas condiciones especiales. Faltaba la experiencia del desierto, de los campos de ruinas, del tell. En al Hibba, un joven Robert Koldewey se perdió en lo desconocido. Pero aprendió algo, vió alrededor, comprobó lo que era el adobe. Luego, Zincirli significaría la aproximación en condiciones. Y Babilonia, en fin, el nacimiento de lo que llamamos hoy un método científico.

4. BIBLIOGRAFÍA

P. Albenda, *The Palace of Sargon King of Asiria*. Éditions Recherche sur les Civilisations, Paris 1986.

W. Andrae, *Die archaischen Ishtar-Tempel in Assur*. J. C. Hinrich'sche Buchhandlung, WVDOG 39, Leipzig 1922.

W. Andrae, *Das wiedererstandene Assur*. J. C. Hinrichs Verlag, Leipzig 1938; edición anastática Verlag C. H. Beck, München 1977.

T. Baqir, *Iraq Government Excavations at `Aqar Quf*. Iraq Supplement 1944, 1945 e Iraq 8 (1946) 73-93.

P. E. Botta, *Monument de Ninive découvert et décrit par M. P. E. Botta, mesuré et dessiné par M. E. Flandin*. Imprimerie Nationale, Paris 1849.

E. Carter, "A History of Excavation at Susa: Personalities and Archaeological Methodologies". En *Royal City of Susa. Ancient Near Eastern Treasures in the Louvre*, Metropolitan Museum of Art, New York, 1992, 20-24.

J. M. Córdoba, "Una tumba en Isfahān. Claudius James Rich (1786-1821) y los orígenes de la arqueología en Oriente", *Isimu II* (1999), 47-71.

J. M. Córdoba, "Robert Koldewey y Babilonia (1889-1999). Cien años del redescubrimiento de un mito", *Arqueología* (en prensa)

P. Daniels, "Edward Hincks's Decipherment of Mesopotamian Cuneiform". En K. J. Cathcart (ed.), *the Edward Hincks Bicentenary Lectures*. University College Dublin, Dublin 1994, 30-57.

R. H. Dyson, "Early Works on the Acropolis of Susa: The Beginning of Prehistory in Iraq and Iran", *Expedition*, 10, 4 (1968), 21-33.

- F. Fernández Murga, "Roque Joaquín de Alcubierre, descubridor de Pompeya, Herculano y Estabia", AEA, XXXV (1962), 3-35.
- F. Fernández Murga, "El rey y Nápoles: las excavaciones arqueológicas". En Carlos III y la Ilustración, Vol. I, Ministerio de Cultura, Madrid 1988, 375-384.
- G. Fiorelli, *Pompeianorum antiquitatum historia*, Napoli 1860.
- G. Fiorelli, *Gionarle degli scavi di Pompei. Documenti originali*, Napoli 1850.
- E. Fontan, N. Chevalier (dir.), *De Khorsabad à Paris. La découverte des Assyriens. Réunion des Musées Nationaux*, Paris 1994.
- H. De Genouillac, *Tablettes sumériennes archaïques*, Paris 1909.
- L. Heuzey, *Un palais chaldéen d'après les découvertes de M. de Sarzec*. Ernest Leroux Éditeur, Paris 1888.
- H. V. Hilprecht, *Explorations in Bible Lands*. T&T Clark, Edinburgh 1903.
- M. de Jong Ellis (ed.), *Nippur at the Centenarian* (35e. RAI, 1988). Occasional Publications of the Samuel Noah Kramer Fund. 14, Philadelphia 1992.
- R. Koldewey, "Die altbabylonischen Gräber in Surghul und El Hibba", ZA 2 (1887), 403-430.
- R. Koldewey, *Die Tempel von Babylon und Borsippa*. J. C. Hinrichs'sche Buchhandlung, WVDOG 15, Leipzig 1911.
- R. Koldewey, *Das Ishtar-Tor in Babylon*. J. C. Hinrichs'sche Buchhandlung, WVDOG 32, Leipzig 1918.
- R. Koldewey, *Das wieder erstehende Babylon*. Sendschrift der Deutschen Orient-Gesellschaft, Leipzig 1925. Edición anastática Edition Olms, Zürich 1981.
- M. T. Larsen, *The Conquest Of Assyria. Excavations in an Antique land (1840-1860)*. Routledge, London 1996.
- H. Layard, *Nineveh and its Remains*. John Murray, London 1849.
- M. Layard, *The Monuments of Nineveh*, 2 vols., John Murray, London 1849, 1853.
- S. Lloyd, *Foundations in the Dust. The Story of Mesopotamian Exploration*, Thames and Hudson, London 1980.
- R. de Mecquenem, "Les fouilleurs de Suse", *Iranica Antiqua*, XV (1980), 1-48.
- J. de Morgan (dir.), *Mémoires VII. Recherches archéologiques. Délégation en Perse*, 2em. Série, Paris 1905.

J. de Morgan (dir.), *Mémoires VIII. Recherches archéologiques. Délégation en Perse*, 3em. Série, Paris 1905.

A. Mousavi, "Early Archaeological Adventures and Methodological Problems in Iranian Archaeology: The Evidence from Susa", *Iranica Antiqua*, XXXI (1996), 1-17.

B. Niebuhr, *Reisebeschreibung nach Arabien und den umliegenden Ländern*. Copenhagen 1774, 1778.

J. Oppert, *Expédition scientifique en Mésopotamie. Tome I, Relation du voyage et résultat de l'expédition*, Paris 1863. *Tome II, Déchiffrement des inscriptions cunéiformes*, Paris 1859.

A. Parrot, *Archéologie mésopotamienne. Les étapes*. Éditions Albin Michel, Paris 1946.

A. Parrot, *Archéologie mésopotamienne. Technique et problèmes*. Éditions Albin Michel, Paris 1953.

A. Parrot, Tello. *Vingt campagnes de fouilles (1877-1933)*. Éditions Albin Michel, Paris 1948.

A. Parrot, *Ziggurats et tour de Babel*. Éditions Albin Michel, Paris 1949.

J. Perrot, "Un siècle de fouilles à Suse", *Dossiers Histoire et Archéologie*, 138 (1989), 12-15.

V. Place, *Ninive et l'Assyrie*, 3 vols., Imprimerie Nationale, Paris 1867. 1870.

S. T. Rasmussen, *Den arabiske Rejse 1761-1767. En danks ekspedition set i videnskabshistorisk perspektiv*. Munksgaard, Copenhagen 1990.

C. Renfrew, P. Bahn, *Arqueología. Teorías, métodos y prácticas*. Akal, Madrid 1993.

M. F. Represa Fernández, "Las primeras excavaciones borbónicas en Pompeya, Herculano y Stabia (1738-1775)", *Revista de Arqueología*, VIII, 76 (1987), 41-50.

M. Ruggiero, *Storia degli Scavi di Ercolano, ricomposta su documenti superstiti*, Napoli 1885.

E. de Sarzec, L. Heuzey, *Découvertes en Chaldée*. Leroux, Paris 1884-1912.

E. Stone, *Nippur Neighborhoods. Studies in Ancient Oriental Civilization*, nº 44, Chicago 1987.

J. G. Taylor, "Notes on the Ruins of Muqayer" *JRAS*, XV (1855) 260-276; "Notes on Abu Shahrain and Tel-el Lahm" *JRAS*, XV (1855) 404-415.

G. Trigger, *Historia del pensamiento arqueológico*. Editorial Crítica, Barcelona 1992.

A. Westenholz, "The Early Excavations of Nippur". En M. de Jong Ellis (ed.), *Nippur at the Centenarian* (35e. RAI, 1988). Occasional Publications of the Samuel Noah Kramer Fund. 14, Philadelphia 1992, 291-295.

J. J. Winckelmann, *Recueil de lettres sur les découvertes faites à Herculanum, à Pompeii, à Stabia, à Caserte et à Rome*, Paris 1784.

E. Wirth, *Agrargeographie des Irak*, Hamburg 1962.

R. L. Zettler, "Excavations at Nippur, The University of Pennsylvania, and the University's Museum. En M. de Jong Ellis (ed.), *Nippur at the Centenarian* (35e. RAI, 1988). Occasional Publications of the Samuel Noah Kramer Fund. 14, Philadelphia 1992, 325-336.

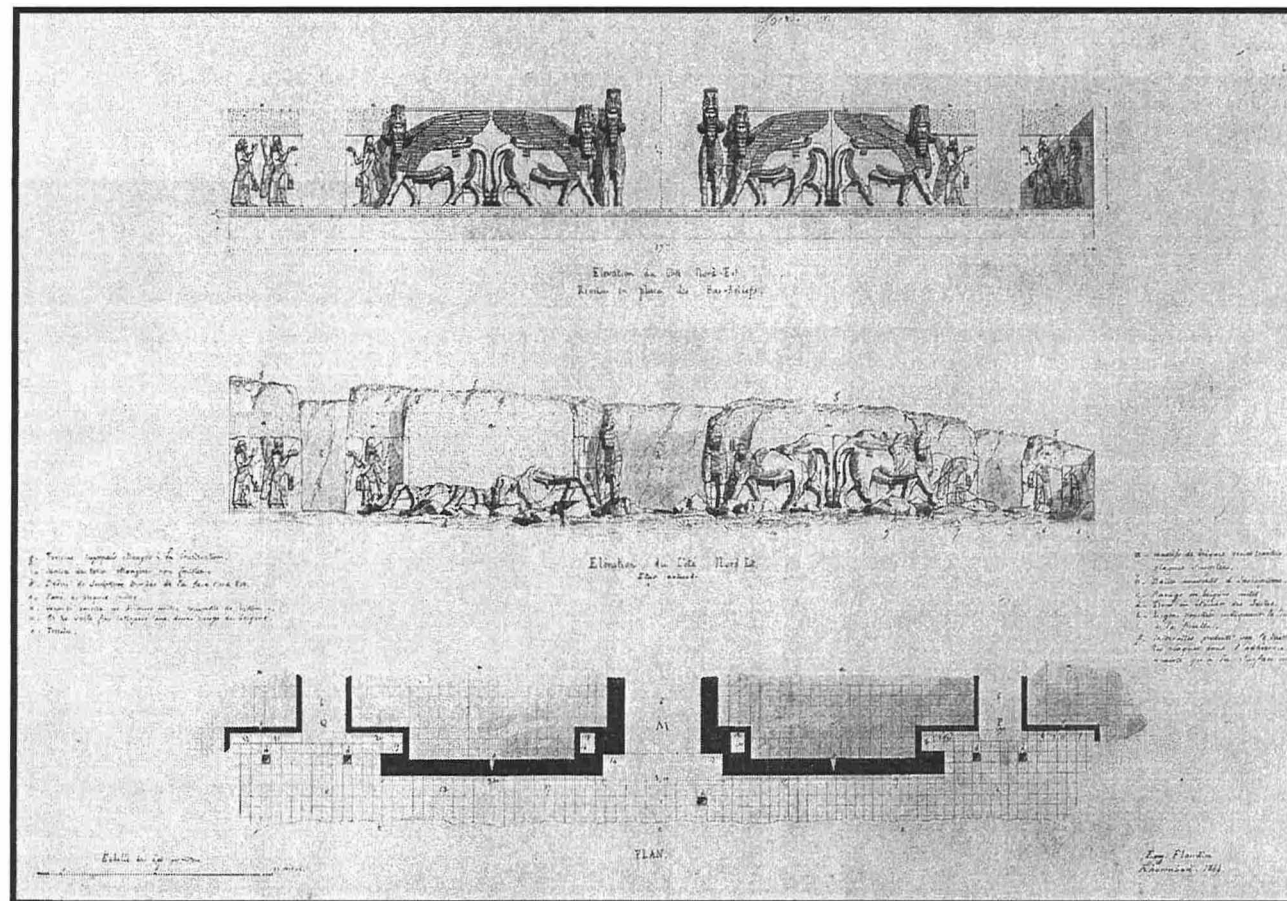


Fig. 1. Jorsabad, Fachada N, muro NE. Dibujos de E. Flandin. Nótese que incluyen, de abajo a arriba, la planta, el estado del muro tras retirar el derrumbe y la reconstrucción hipotética (según P. Albenda, 1986. lámina 35).

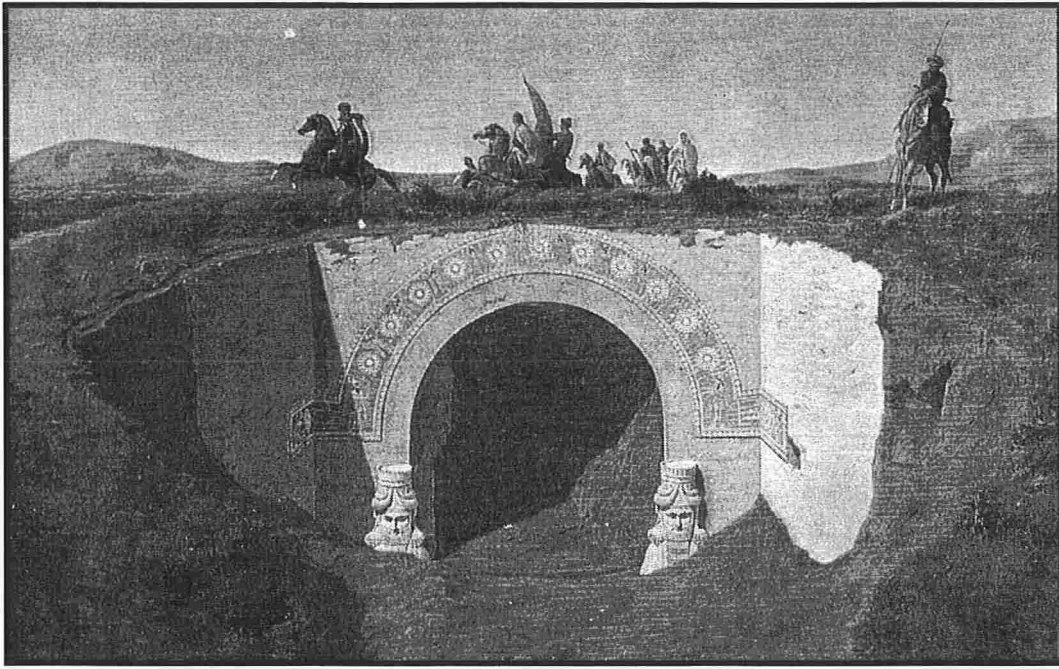


Fig. 3. Jorsabad. La aparición de los toros de la puerta nº 3. Cuadro de F. Thomas que revela, en cierta forma, la inspiración “pompeyana” de los pioneros en el norte (según E. Fontan, 1994, p. 109, fig. 3).

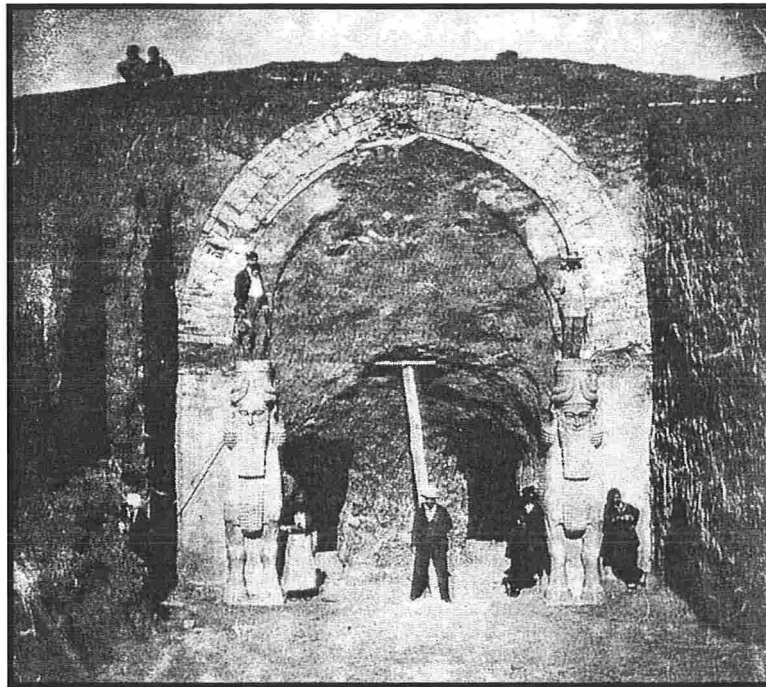


Fig. 3. Jorsabad. Una de las primeras fotografías de la historia de la arqueología mesopotámica. El equipo de V. Place ante la puerta nº 3 de la ciudad (según E. Fontan, 1994, p. 198, fig. 2).

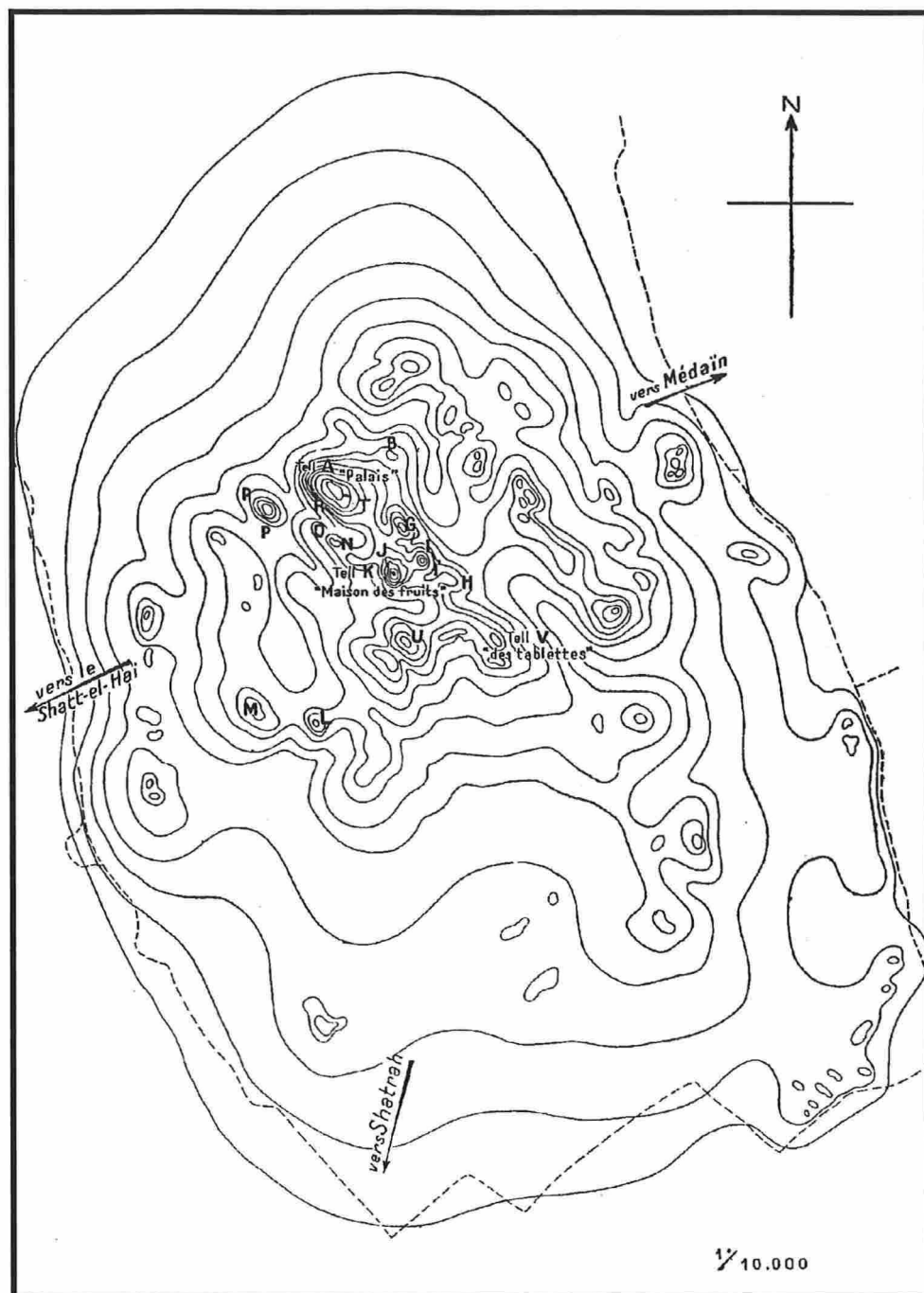


Fig. 4. Plano del yacimiento de Tello, según Sarzec (A. Parrot, 1948, fig. 3.)

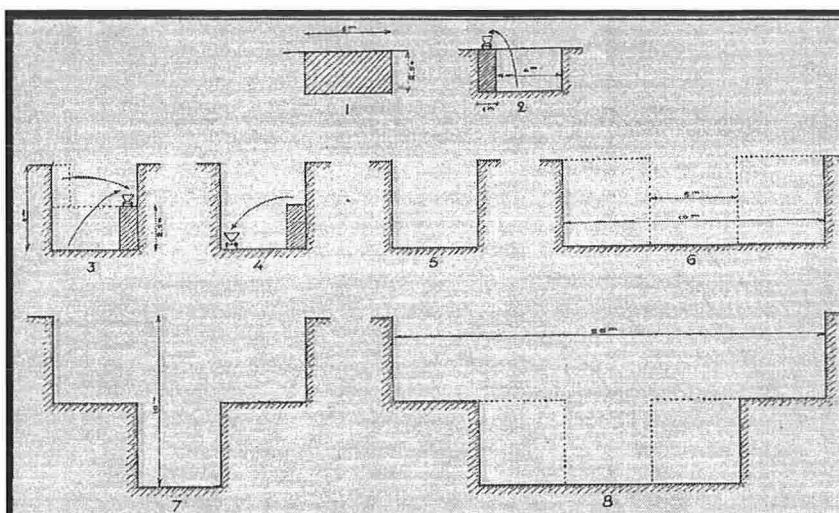


Fig. 5. Sistema de “explotación sistemática de los niveles” en Susa, mediante trincheras escalonadas y vagonetas, ideado por Jacques de Morgan (según A. Parrot, 1953, fig. 1, p.38.)

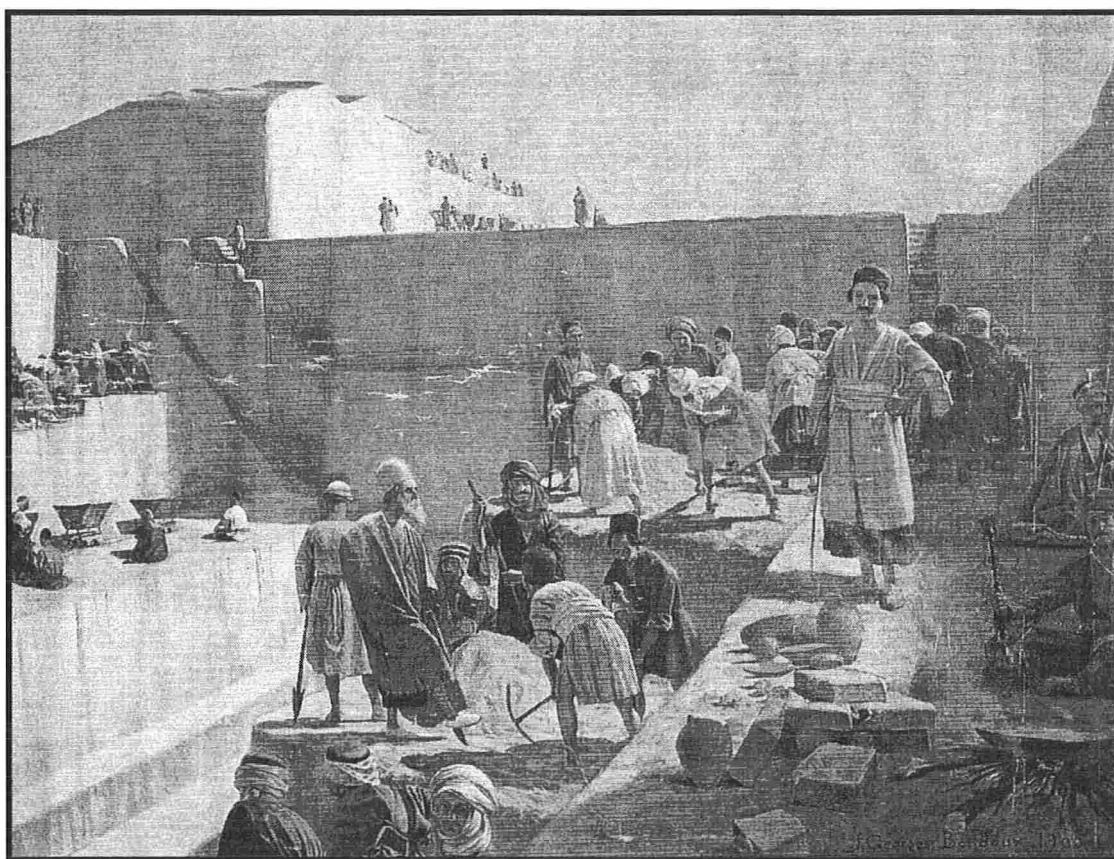
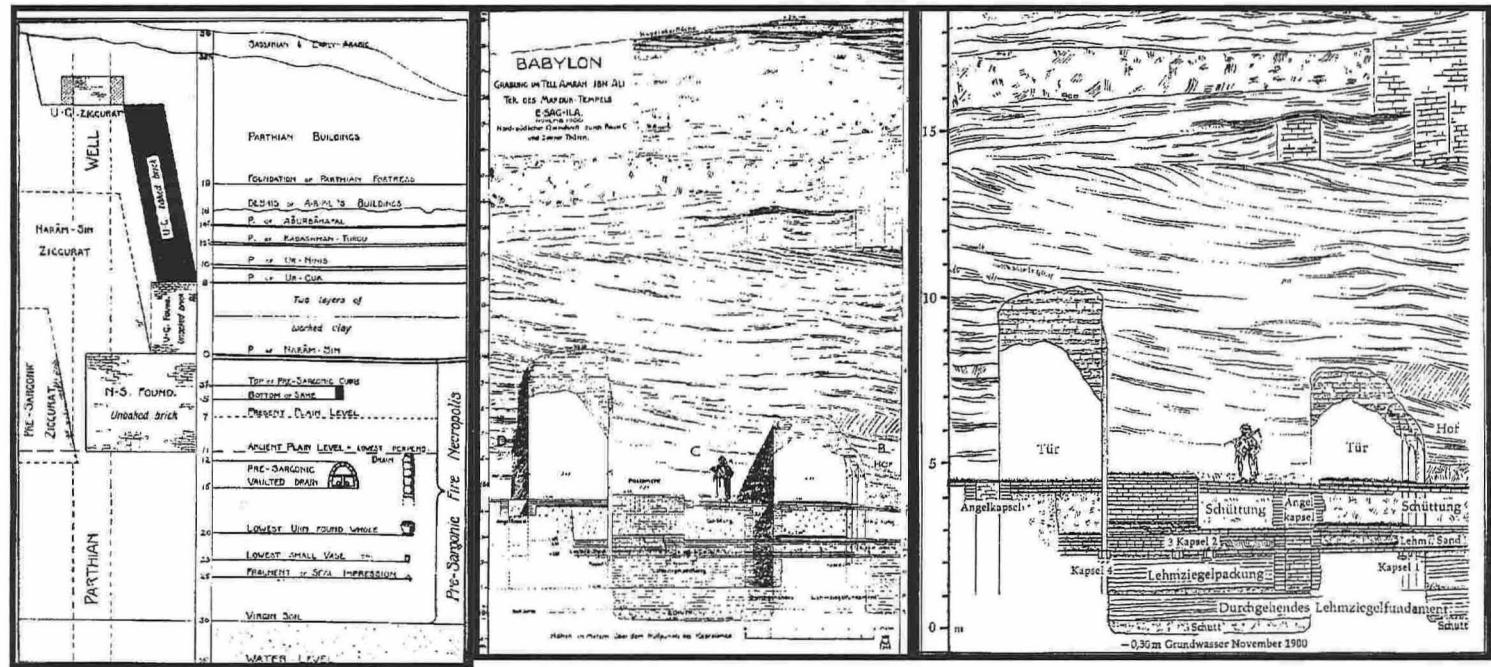


Fig. 6. Detalle del cuadro de Jules-George Bondoux (1866-1919) titulado las “excavaciones de Susa”, conservado en el Museo del Louvre (según A. Caubet y otros, 1994, p. 16, fig. 17). En el mismo se aprecia la “ordenada” marcha de la excavación.



De derecha a izquierda. Figs. 7,8 y 9. Fig. 7. Nippur. Sección de la zigurat y el patio SE (según H.V. Hilprecht, 1903, p. 549). Se trata sin duda de un esquema que trata de adaptar lo realizado, a lo que la misión alemana ya estaba haciendo. Fig. 8. Babilonia. Estratigrafía del gran pozo de sondeo abierto en Amran Ibn Ali, N-S (según R. Koldewey 1911 y 1925). La comparación con el esquema de H. V. Hilprecht no deja lugar a dudas. Fig. 9. Babilonia. La misma estratigrafía de la figura anterior, algo simplificada para su mejor comprensión (según E. Klengel- Brandt, 1982, p. 118).

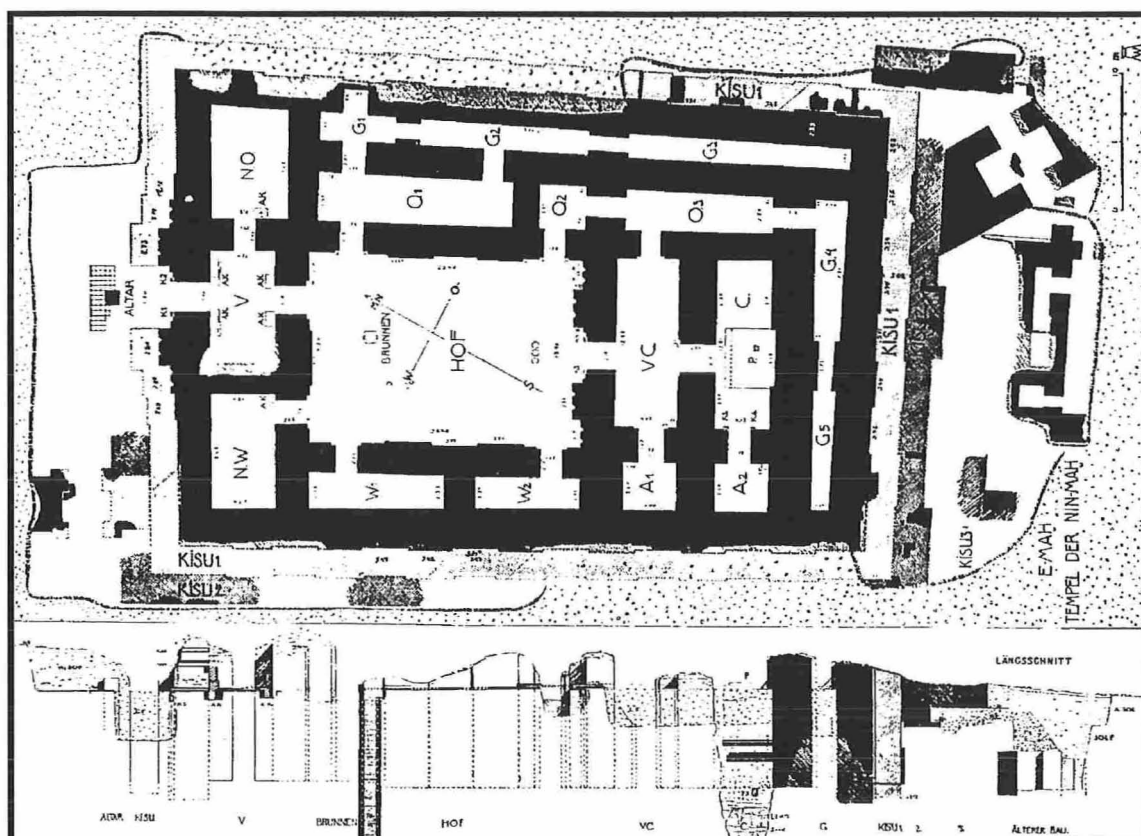


Fig. 10. Babilonia. Planta y corte el templo de Ninmah
(según R. Koldewey, 1911, V; 1925, Fig. 38).